

camente veneciana—, de continuo comercio con los financieros judíos internacionales, y de colaboración con la Alemania nazi, lo ilustró hace algunos años Sergio Romano en su libro sobre Giuseppe Volpi (Bompiani, 1979). Volpi, un católico cuya segunda esposa era judía, fue uno de los principales organizadores de la expansión industrial y colonial italiana entre 1900 y 1943. Sin embargo, todavía nos falta conocer más cosas sobre lo que pasaba por su mente durante esos años.

Dada la orientación general del libro, no se le puede reprochar a Johnson que fuera demasiado sumario con ciertos aspectos de la sociedad judía. Uno de estos es la conocida contradicción de que los judíos tienen nociones del siguiente mundo y sin embargo en la práctica les atribuyen poca importancia. El otro es la igualmente bien conocida contradicción de que las mujeres judías reciben, o mejor dicho, recibían, tan poca educación judía, y que a pesar de eso la firmeza del hogar judío depende de sus

mujeres. Y tal vez hubiera sido útil decir algo más sobre lo que pensaban los judíos sobre los cristianos y los musulmanes antes de los siglos XVIII y XIX. Pero Paul Johnson hizo lo suyo, y estamos agradecidos.

Arnaldo Momigliano murió en Londres el 2 de septiembre. Este es uno de sus últimos escritos. En el número 15 de *Historias* reproducimos un largo fragmento del prólogo de su libro *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* (Fondo de Cultura Económica, 1986). Esta reseña está tomada de *The New York Review of Books*, octubre 8, 1987.

En el centro de América

Verónica Zárate Toscano

Julio César Pinto Soria, *Centroamérica, de la colonia al estado nacional (1800-1840)*, Guatemala, Editorial Universitaria de Guatemala, 1986, 310 pp., (Colección Textos, 16).

Mario Rodríguez, *El experimento de Cádiz en Centroamérica, 1808-1826*. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 360 pp., (Sección Obras de Historia).

Vamos a reseñar las obras de dos autores que se ocupan de una misma región y una misma época pero que no se conocen entre sí. La de Pinto es la obra de un autor local que se ocupa de un periodo "bastante inexplorado" y presentado por la historiografía tradicional y elitista como "groseramente deformado". El interés de Rodríguez por el momento surge de

su atracción hacia el estudio del liberalismo. Así fue como llegó al análisis de cómo se había intentado aplicar el experimento de Cádiz en la Centroamérica de los albores del siglo XIX.

Julio César Pinto Soria es un historiador guatemalteco con estudios en Europa, investigador del Centro de Estudios Urbano y Regionales (CEUR) y del Instituto de Investigaciones Políticas y Sociales de la Escuela de Ciencia Política (Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales) de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Entre sus obras se cuentan: *Estructura agraria y asentamiento en la Capitanía General de Guatemala* (1981); *Economía y comercio en el reino de Guatemala. Consideraciones para una historia económica, primera parte*, (1982) y *Raíces históricas del Estado en Centroamérica* (1983).

Mario Rodríguez ha trabajado en diversas universidades norteamericanas y recientemente en la Universidad del Sur de California. Obras suyas son *A Palmertonian Diplomat in Central America Frederick Chatfield, Esquire* (1964) y *La conspiración de Belén en nueva perspectiva* (1965).

La versión original de la obra que nos ocupa se publicó en Berkeley en 1978 y no contiene diferencias sustanciales, excepto la inclusión de un mapa señalando las principales ciudades de cada intendencia del Reino de Guatemala. Otra diferencia es el índice analítico. En la edición en inglés se incluyen los nombres de los sitios geográficos así como los temas principales, mientras que en la edición en español se aumentan los nombres de personas y de publicaciones.

Importante diferencia es el idioma. La traducción no es muy afortunada, sobre todo en la parte bibliográfica. No existe uniformidad, por ejemplo, en la manera de citar una obra dentro del texto, en la nota a pie de página y en la bibliografía, ya que, siendo en español, se le pone a veces en su idioma original y a veces se le traduce al inglés. Si se tuvo el cuidado que suponemos en localizar los epígrafes que abren cada capítulo para incluirlos en su idioma original, debería haberse puesto atención a las fichas bibliográficas que, por ejemplo, dicen, "Spain. Archivo Histórico Nacional" en lugar de "España. Archivo. . .". Pero en fin, estos descuidos no demeritan el contenido del texto.

Parte valiosa del libro de Rodríguez constituye la bibliografía comentada de los principales ensayos sobre el tema y la época y sus consideraciones sobre archivos y bibliotecas, aunque salgan sobrando anécdotas personales. Tomando en cuenta que la obra se publicó originalmente hace una década y que no se le hizo ningún cambio aparente para la edición española, no se le puede pedir que incluya obras más recientes que han visto la luz en distintas partes del mundo. Uno de los méritos de esta obra es que el autor haya investigado en archivos, bibliotecas y hemerotecas de España, México, Guatemala, Nicaragua, Salvador, Costa Rica y Honduras. La utilización de la prensa, diarios de Cortés, actas de cabildos, documentos en general, así como de folletos y obras contemporáneas del momento que describe, le dan una visión esclarecedora del liberalismo en Centroamérica.

Por lo que toca a las fuentes que usa Pinto, notamos que úni-

camente coincide en poco más de una veintena con las mencionadas por Rodríguez. Ya antes hemos dichos que ambos autores no se conocen entre sí. Rodríguez publicó antes que Pinto y por tanto no tiene la obligación de conocerlo, pero éste sí debería conocer la obra de su colega y no sólo la que reseñamos, pues tiene la disculpa de no haberse publicado en Guatemala, sino otra más que sí vio la luz en Centroamérica.

Pinto, por otro lado, tiene la ventaja de conocer más de cerca la obra de sus coterráneos y su producción más reciente. En el aparato bibliográfico de su obra incluye artículos de revistas especializadas, ensayos en obras colectivas, antologías y recopilaciones documentales, amén de algunas obras en alemán, francés, inglés y por supuesto español. Recurrió, asimismo, a documentos de primera mano de los archivos de Sevilla, Guatemala y Londres; en cuanto a la prensa, se limita a la *Gaceta de Guatemala* y al *Boletín Oficial*.

Conforme fue avanzando en la investigación, Pinto fue publicando resultados parciales que, tras un examen exhaustivo y la incorporación de nuevos documentos, se convirtió en el texto que reseñamos. En él se incluye otro trabajo del autor: *Guatemala en la década de la Independencia*, publicado en 1977, que constituye los dos primeros capítulos del libro. Su incorporación es justificada "porque aporta elementos necesarios para comprender el periodo en cuestión". En los capítulos siguientes se retoman y aun repiten algunos de los datos utilizados con anterioridad y no necesariamente dentro de un nuevo contexto.

Ambos libros expresan en el título su alcance cronológico:

Rodríguez va de 1808 a 1826. El primero es el año de la invasión francesa a la península ibérica y el inicio de la crisis española; el segundo es el de la crisis centroamericana y la guerra civil. Pinto abarca un lapso más amplio: 1800 a 1840. El primer hito cronológico corresponde al inicio formal del siglo XIX y el segundo es el año del colapso federal en que se produce la fragmentación estatal en Centroamérica. A lo largo de esos años se van haciendo cada vez más evidentes las diferencias irreconciliables de las provincias que irían pronunciando una autonomía con vistas a la definitividad.

El texto de Pinto no es una historia de Centroamérica plagada de fechas y nombres, sino una reflexión sobre el paso de la colonia al estado nacional. Aunque necesariamente tenga que apoyarse en las coordenadas históricas, no entra en descripciones detalladas dando por supuesto que el lector tiene nociones de la historia del periodo. Según su propia explicación, "un hilo conductor que ayuda a evitar la confusión en tal maraña de acontecimientos, es la localización de las clases y grupos sociales con intereses estratégicos a lo largo de los distintos procesos que llevaron a la implantación definitiva del Estado nacional en Guatemala y Centroamérica".

Para un lector externo, conocedor superficial de la historia de Centroamérica, la obra de Pinto le ofrece una visión interpretativa y general de un proceso. Un panorama del "bosque". Con la de Rodríguez se puede tener en cambio una apreciación del "árbol", del hecho, del suceso aunque no por ello se olvida el conjunto, el contexto, la conexión con otras zonas y tiempos. Intenta demos-

trar cómo los americanos aprovecharon experiencias pasadas —ajenas y propias— a las que introdujeron innovaciones para establecer un sistema que fuera benéfico y operativo en toda la región. Es interesante descubrir, efectivamente, paralelos entre procesos y hechos que se dan en

la España constitucional, el México independiente y la naciente confederación centroamericana.

Desde nuestro punto de vista una obra se complementa con la otra. La escasa mención del experimento de Cádiz en la obra de Pinto se subsana con la lectura de Rodríguez que a su vez se con-

tinúa en el tiempo con la de Pinto y así sucesivamente

Debemos recalcar que a través del conocimiento que se va adquiriendo al pasar las hojas de ambos libros, se va haciendo más explicable la historia de una región que formó alguna vez parte de un mismo territorio al nuestro.

El diecinueve, siglo de historias regionales

Edgar O. Gutiérrez

Cerutti, Mario, *Economía de guerra y poder regional en el siglo XIX. Gastos militares, aduanas y comerciantes en años de Vidaurri (1855-1864)*, Nuevo León, Archivo General del Estado de Nuevo León, 1983.

Desde el principio del trabajo el autor nos hace la aclaración de que el lector no encontrará en él elucubraciones de alta densidad teórica. Frente a visiones excesivamente globalizantes, su interés consiste en contribuir a la reflexión metodológica de la presencia regional en el estudio del siglo XIX. Para esto, nos presenta a una de las corrientes liberales del interior del país considerada como uno de los bastiones de la causa liberal desde la aguda crisis nacional del plan de Ayutla hasta la expulsión de los franceses. La presentación de esta corriente —el constitucionalismo de la frontera noreste— se desarrolla a partir de las vinculaciones entre guerras civiles, batallas contra los “indios bárbaros”, gastos militares, rentas

federales, autonomía política y formación de capitales. A partir de estas vinculaciones se describen las relaciones entre un poder de características regionales y el que procuraba configurar un estado nacional.

De extracción terrateniente, formado en el quehacer administrativo estatal, Santiago Vidaurri jugó un papel significativo entre los años 1855 a 1864 que lo llevó a convertirse en cabeza de un movimiento dirigido a combatir al poder liberal establecido en el centro del país. “El orden liberal emergente de la guerra de Reforma pretendió desenvolverse no sólo como dominio firme sobre los núcleos sociales conservadores, sino también como una relación —estable y jerarquizada— entre poder central y fuerzas regionales”. Frente al interés común de articular e integrar un estado nacional sólido se encontraron las diferencias en la forma de vincular federación y estados, la insistencia de los dirigentes regionales en sostener su influencia, la abrumadora precariedad de recursos inmediatos y muchos otros ele-

mentos más que hicieron a este proceso difícil y cruento.

El vidaurrismo encarna un sentimiento muy arraigado en el liberalismo en la provincia mexicana: “No sería el poder central quien salvaría la nación frente a la reacción. Por el contrario, serían las fuerzas regionales las que harían de México, al fin, un verdadero estado nacional, liberal y progresista”. Con esta concepción y aprovechando el levantamiento contra Santa Anna, las ocupaciones de Monterrey y Saltillo y el mantenimiento de un grueso núcleo de tropas llevaron a Vidaurri a invadir, entre agosto y octubre de 1855, una prerrogativa netamente federal: la habilitación de aduanas sobre el río Bravo. Más tarde, unificó a los estados de Nuevo León y Coahuila. La oposición tamaulipeca no le permitió controlar los puertos de Tampico y Matamoros pero, en enero de 1858, Santiago Vidaurri (por Nuevo León-Coahuila) y José de la Garza (por Tamaulipas) firmaron el pacto de Montemorelos convirtiéndose en una de las expresiones vertebrales de la alianza